

La vida como alumno y profesor (Una crónica personal)

Lobsang Castañeda

1. PASÉ DE NOCHE POR LA UNIVERSIDAD. Con cierta vergüenza reconozco que no obtuve de ella todo lo que generosamente puso a mi alcance. Y no porque fuera un mal alumno —de hecho fui mejor de lo que debí de haber sido— sino porque, a diferencia del resto de mis ex compañeros, jamás logré integrar lo académico a lo personal o incluir en mi vida cotidiana, tan cimbrada por los exabruptos, las aflicciones y las crisis amorosas, las nobles actitudes y hábitos adquiridos en el aula. En efecto, durante años el estudio de la filosofía me alejó del mundo en lugar de acercarme a él. Todo lo que ganaba en conceptos e ideas lo perdía al rechazar el contacto con mis semejantes. Las bondades de la teoría se esfumaban en la práctica, pues no me daba cuenta de que nada de lo aprendido vale la pena si no tiene correspondencia con lo real y no moldea, para bien o para mal, el propio carácter. Ahora, después de haber recuperado algo de terreno, advierto que cometí un penoso aunque común traspie: inicié una licenciatura no con las ansias del que intenta descubrir su vocación sino con el compromiso del que busca actualizarse para desempeñar mejor un trabajo que ya le ha sido designado. Es decir, que quise ser profesor antes de ser alumno y eso hizo que rechazara todo aquello que vulnerara mi campo de acción. Así de tonto fui.

2. Aunque el tiempo ha desterrado de mi memoria muchos de mis recuerdos de estudiante, jamás he podido olvidar un puñado de sensaciones —no atino a llamarlas de otra forma— que probablemente



The School, Adriaen Brouwer (c.1605-1638). (Imagen: Fine Art Images / Heritage Images / Getty Images)

me animaron, en una etapa de mi vida que hoy parece llegar a su fin, a dar clases, a convertirme en lo que con tanto fervor quise ser alguna vez: un señor profesor. Sensaciones que provienen no sólo de estrategias pedagógicas, recursos didácticos, suficiencias teóricas o de la tradición universitaria alemana, sino de gestos, estilos y ademanes encarnados por un grupo de profesores que aún sigo respetando. Varios de ellos ya no están entre nosotros. Otros continúan dando clases en los mismos lugares donde los encontré hace diecisiete años: la UAM Iztapalapa y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. A todos les debo el deseo, así fuera momentáneo, de abrazar una carrera académica que cada vez parece más ajena a mis intereses. Sin los ejemplos de Bolívar Echeverría, José María Pérez Gay, Ricardo Guerra, Greta Rivara, Crescenciano Grave, Enrique Dussel o Francisco Gil Villegas la idea de dedicarme a la enseñanza habría desaparecido de mi imaginario con mayor celeridad. Gracias a ellos mi vínculo con la filosofía no ha desaparecido por completo.

3. Pero de todo hay en la viña del Señor. Como la Academia se parece mucho a la vida, ningún estudiante está exento de encontrarse con charlatanes, lamebotas, bravucones, pretenciosos, engañabobos y merolicos de plazuela, con o sin título de doctor, que resultan ridículos a la hora de imitar a los grandes maestros. Como este tipo de fauna abunda en las universidades, nuestros estudiantes deben encomendarse a Dios antes de emprender la difícil tarea de buscar un trébol de cuatro hojas en un pastizal. Según mi humilde experiencia, si el maestro llega a las clases sin un guión que sustente lo que va a decir o comienza hablando del teorema de Pitágoras para terminar hablando de sus hijos, de sus padres o de su matrimonio fallido, no vale dos maravedíes. Un profesor que no prepara sus clases, que no estudia, no hace ni la mitad de su trabajo. Es como un soldado sin fusil, como un hierro de madera o como un taco sin salsa. Mi conocimiento del gremio creció cuando comencé a formar parte de él, pero no porque, admitido en ese cenáculo, estrechara relaciones con mis colegas, sino porque muchos de mis alumnos, por razones que aún desconozco, me narraron en repetidas ocasiones las pifias, bobadas, abusos y negligencias de algunos individuos que, acostumbrados a su mediocridad, olvidaron el significado de la enseñanza y se dedicaron a rascarse la barriga en espera del cheque quincenal.

4. No creo que se pueda ser un buen profesor sin ganas de aprender o averiguar cosas nuevas cada día. Una de las taras que más afectan a la Academia tiene que ver con la alarmante falta de curiosidad de muchos docentes que, instalados en la más cínica de las indiferencias, se acogen a la “libertad de cátedra” para no hacer nada. En más de una ocasión me ha tocado ver a maestros y doctores leer una y otra y otra vez la misma ponencia, a veces con ligeros retoques, en toda clase de congresos, seminarios, encuentros, coloquios y simposios, muchas

veces organizados por ellos mismos o por los grupos de poder a los que pertenecen, porque, lamentablemente, otro de los grandes defectos de la Academia, sobre todo en el ámbito de las humanidades, es que sólo se interesa en contemplar su propio ombligo. En efecto, así como resulta increíble que a muchos profesores les basten como material de trabajo las ochenta cuartillas que redactaron hace veinte años para cumplir con su tesis de licenciatura, resulta igual de inverosímil que existan tan pocas estrategias institucionales que vinculen lo que se hace dentro de las aulas con lo que está fuera de ellas. Un claro ejemplo de esta especie de “solipsismo compartido” son las revistas indexadas, que no leen ni aquellos a los que deberían de interesar, y que sólo sirven para fomentar el famoso “me citas, te cito”, tan necesario para conservar la categoría en el SNI, en el afortunado caso de que se pertenezca a él.

5. La universidad promueve una sola forma de aprender que se bifurca en múltiples especializaciones y está bien que así sea. Para algunos dicha forma será suficiente y para otros no. Los primeros contribuirán a reforzar los pilares que la sostienen y los segundos utilizarán lo aprendido para encontrar su propio camino de conocimiento. En todo caso, como más es mejor que menos, es importante tener una formación universitaria sólida, incluso para darse cuenta de que en lo sólido caben también lo duro, lo autoritario y lo intransigente. Existen, pues, dos tipos de egresados de la universidad: los que están convencidos de que ya estudiaron —su título enmarcado se los recuerda a cada instante— y los que saben que, después de cuatro o cinco años en las aulas, apenas han reunido las herramientas suficientes para comenzar a estudiar. En lo personal, siento mayor simpatía por los segundos debido a que están más cerca de comprender que el saber es tan vasto, tan variopinto y tan fascinante como para encasillarse

en una sola disciplina. No exagero al decir que casi al día siguiente de titularme, y quizá precisamente por eso, descubrí que me interesaban muchas más cosas que la filosofía. Desde entonces he practicado una modesta aunque constante afición por la historia, la psicología, la divulgación científica, las artes plásticas, la fotografía, la historia de la medicina, el cine y, por supuesto, la literatura en casi todas sus vertientes. Si cada área del conocimiento es una esposa celosa que exige el tiempo completo de quien se ha matrimoniado con ella, yo prefiero ser un amante furtivo, de esos que gozan y se van, con la promesa, siempre cumplida, de que tarde o temprano regresaré con el apetito renovado. Y aunque dice el dicho que el que mucho abarca poco aprieta, entre mis múltiples ambiciones jamás ha estado la de ser un académico “cómodamente apretado”.

6. Por azares del destino tuve que emigrar a una ciudad de provincia, en cuya universidad me desempeñé como profesor de asignatura durante siete años. Comencé, sin embargo, impartiendo talleres literarios abiertos a todo público. A lo largo de mi corta carrera como tallerista y docente universitario tuve alumnos jóvenes, muy jóvenes, adultos y mayores. Algunos resultaron buenos, otros malos, otros regulares y otros brillantes. En repetidas ocasiones me pusieron en serios predicamentos con sus dudas y preguntas. Como soy de los que se apeñan frente a algo que no saben, todo lo que no pude responderles se convirtió a su vez en tema de estudio para mis tardes de ocio. Sé que algunos detestaron mis clases y que otros las disfrutaron. Que a algunos les cayó mal y a otros bien. Ni hablar, así son las cosas. Aunque jamás me consideré un buen profesor hice todo lo posible por parecerlo. Una clase de cuatro horas a la semana me demandaba doce horas más de trabajo para prepararla como era debido. Hubo semestres en los que impartí hasta tres asignaturas, lo cual significó una carga

de trabajo considerable para alguien tan lento como yo. Y, al final, me cansé; no de mis alumnos, ni de la presión de saber que debía estar siempre un paso adelante de ellos, sino de no tener tiempo suficiente para escribir lo que quería. Mi mesa de trabajo es un pila de papeles con esbozos de textos sin terminar; con proyectos, planes e ideas que no acabaron de arrancar. Si me pagaran por todos los libros que quiero escribir sería millonario. No conozco a nadie que desee tanto como yo que los días duren cuarenta horas o más.

7. Así, pues, hace unos meses dejé la docencia. Tomé la decisión abruptamente, no sólo para no arrepentirme, sino para ser consecuente de una vez por todas con lo que de verdad quiero hacer, más allá de los inconvenientes económicos que acarrea el renunciar a un empleo, sea cual sea. Rechacé, con la congoja de quien ve llegar el carnaval cuando ya han pasado las vacaciones, las dos últimas asignaturas que me ofrecieron, incluyendo una que siempre había deseado y nunca pude impartir. Como muchas cosas en la vida, la docencia universitaria no depende únicamente de quienes la practican sino de quienes permiten que otros la practiquen. En un país como el nuestro, lacerado por la estulticia de políticos y gobernantes, existen demasiados profesionistas con conocimientos y auténtica vocación de servicio que pueden desempeñar un excelente papel en las aulas, pero carecen de amigos e influencias que se los permitan. Me consta que muchos de nuestros mejores profesores trabajan como empleados de supermercado o vendedores ambulantes. Un final triste, sin duda, para aquellos que, como dicen los clásicos, se han “quemado las pestañas” y han sentido, de verdad, el llamado cuasi religioso de la vocación magisterial. 